

O noso 68

EMILIO PÉREZ TOURIÑO
Presidente da Xunta de Galicia

Ahora, cuando ya transcurrieron cuarenta años, es cuando adquirimos una conciencia más nítida y objetiva de lo que supuso aquel cúmulo de acontecimientos diversos que los historiadores agrupan bajo la etiqueta de *Mayo del 68*. Entonces, sin embargo, cada uno de los estudiantes que, de un modo o de otro, participamos en las movilizaciones que se produjeron en la Universidad de Santiago de Compostela no teníamos, desde luego, conciencia clara de estar haciendo historia y ni siquiera de estar formando parte de un movimiento social y cultural más amplio y global.

En realidad, hubo muchos “*sesentayochos*”. La experiencia de la represión de la población checoslovaca, con los tanques moscovitas invadiendo las calles de Praga, no tenía relación aparente con las insólitas actitudes de los estudiantes californianos que iniciaban el movimiento “*hippie*” con sus placenteras concentraciones en Ashbury Park. Y también era aparentemente abismal la diferencia de motivaciones entre los estudiantes de la UNAM mejicana que se enfrentaron con el ejército de Díaz Ordaz en la plaza de las Tres Culturas y los estudiantes parisinos que exigían la conversión en real de lo imposible y se aprestaban a descubrir la playa debajo de los adoquines y las barricadas.

No obstante, todas estas experiencias, simultáneas pero muy diversas, están unidas por un mismo sentido, que es el deseo de una vida distinta de la que, precisamente hasta Mayo del 68, se consideraba generalmente como una vida buena.

¿Y nosotros? Nosotros éramos unos chicos destinados a cumplimentar de la manera más rápida y brillante posible nuestros estudios universitarios; sin más. Éramos auténticos privilegiados en una época en la que el acceso a la Universidad era posible sólo para muy pocos y a fuerza de grandes sacrificios familiares. Nadie esperaba de nosotros actitudes de rebeldía que fuesen más allá de reproducir las trastadas estudiantiles que *La Casa de la Troya* había convertido ya en una convención aceptada y más o menos simpática.

Y, así y todo, dijimos no, como reclamaban Raimon y Celso Emilio Ferreiro. Nos rebelamos contra un estado de cosas que percibíamos como injusto, arbitrario, despótico y aburrido. Ni en Santiago, ni en Madrid, ni en Barcelona o Valencia teníamos nada contra la sociedad de la opulencia, que sólo conocíamos de oídas. Y tampoco estábamos demasiado influidos por lecturas y filosofías aún muy difícilmente accesibles en aquella turbia España de la censura. El catalizador de nuestra rebeldía fue el franquismo, un franquismo en principio difuso, que se expresaba a través de la falta de libertad, del autoritarismo irracional, de la automática conjura

de silencio que surgía en torno a determinados asuntos, del conservador e hipócrita código social reinante, de la apatía cultural.

Las movilizaciones estudiantiles de aquel 68 compostelano supuxieron un antes y un después en la vida de todos los que participamos en ellas. El franquismo dejó de ser sólo un molesto factor ambiental para convertirse en el objetivo concreto de nuestros deseos de cambio político y social. Desde aquel momento supimos que la dictadura era incompatible con la vida buena e incluso con la vida a secas. Y aprendimos a luchar contra ella de mil maneras, incluido el canto del *Venceremos nós* y de las canciones de *Voces Ceibes*, que pasaron a formar parte de nuestra banda sonora generacional. Sí, hay evidentemente en Galicia una “generación del 68” que se fue conformando como tal en aquellas luchas, con cierres y negociaciones, asambleas y multas, *grises* y poesía, música y amor, sueños y derrotas.

El 68 compostelano representó también un punto y aparte en la evolución política de Galicia bajo el franquismo. Fue a partir de ese momento cuando la Universidad de Santiago se transformó en el hervidero de partidos, organizaciones estudiantiles y asociaciones culturales que protagonizarían docenas de movilizaciones con contenidos cada vez más expresamente políticos hasta bien entrada la época de la Transición. Y esas luchas terminaron por converger con las del movimiento obrero, que reaparecía con fuerza en Vigo y Ferrol de la mano de Comisiones Obreras y del PC.

Creo que, ya sólo por lo que supuso como detonante del despertar de la conciencia antifranquista en Galicia, el 68 gallego –que no fue sólo el mes de mayo, sino un curso entero– merece una valoración histórica muy positiva. Pero hay también otras razones, pues los cambios que empezaron a producirse a raíz de aquel curso inolvidable fueron impregnando, con mayor o menor rapidez e intensidad, el entero comportamiento social. Desde la política hasta la familia, desde la escuela hasta las relaciones entre hombres y mujeres, las nuevas formas de entender la cultura y de concebir la vida que empezaron a desplegarse a partir del 68 hicieron sentir su influencia en todos los ámbitos sociales. Por eso no tienen mucho sentido esas execraciones *antisessantayochistas* ahora tan de moda entre algunos políticos conservadores. Entre otras cosas, porque de no ser por el 68 ellos nunca habrían llegado hasta donde lo hicieron. Pero esa es ya una historia bien distinta...